

Una Nueva Política del Conocimiento: La Propuesta del Senador Fred Harris de una Fundación Nacional para las Ciencias Sociales

Mark Solovey

Comentarios Introductorios

El tema principal de mi charla de hoy será el fallido intento del Senador demócrata Fred Harris de crear una Fundación Nacional para las Ciencias Sociales durante la década de 1960.¹ Pero antes de contarles esa historia, me gustaría ofrecer a modo de contexto algunas notas acerca de mis trabajos anteriores en la historia de las ciencias sociales norteamericanas, el financiamiento de las ciencias sociales y la política del conocimiento. Estas notas les ayudarán a comprender por qué encuentro tan interesante el esfuerzo del Senador Harris por crear una agencia dedicada a las ciencias sociales. También espero que estos antecedentes les ayuden a comprender las preguntas históricas que estoy tratando de responder y, ante todo, por qué formulo estas preguntas.

Mis investigaciones y publicaciones previas, así como mis proyectos actuales sobre la historia de las ciencias sociales en los Estados Unidos se han centrado en unas cuantas cuestiones básicas. Estas cuestiones tienen que ver, primero, con el patrocinio o las fuentes de financiamiento de las ciencias sociales; segundo, con los intentos de establecer los límites del conocimiento científico (scientific boundary work) y el problema de la identidad científica de las ciencias sociales; y, en tercer lugar, con la relevancia de las ciencias sociales para las cuestiones de política pública.

Así pues, las siguientes preguntas adquieren importancia en mis investigaciones:

A. ¿Es importante el mecenazgo científico en la historia de las ciencias sociales?

– Y si lo es, ¿de qué manera lo es?

– ¿Por qué decidieron diversas organizaciones tanto en el sector privado como en el público apoyar la investigación en las ciencias sociales y actividades afines?

– ¿Cómo han evolucionado en el tiempo las políticas y programas de financiamiento de las ciencias sociales?

– ¿Cómo han contribuido los patrocinadores a los debates sobre la identidad científica de las ciencias sociales, sus implicaciones sociales y su relevancia para la política pública?

B. ¿Qué efectos han tenido los intentos de demarcar los límites del conocimiento científico sobre el desarrollo del financiamiento de las ciencias sociales?

– ¿Son las ciencias sociales verdaderamente científicas, o se parecen más a las humanidades?

– El conocimiento que producen las ciencias sociales ¿es de carácter ideológico o político, o es más bien un tipo de conocimiento no-ideológico y apolítico?

– Los patrocinadores, los científicos sociales y otras partes interesadas, incluyendo a

los científicos naturales y a los políticos, han dedicado una gran cantidad de energía a responder estas preguntas con la intención de demarcar los límites de las ciencias sociales y de definir su relación con otras esferas de la actividad humana. Este trabajo de demarcación tiene importantes implicaciones para lo que recibe financiación y lo que no, y esto a su vez determina el desarrollo intelectual y profesional de las ciencias sociales, así como su relevancia social y sus implicaciones para la política pública.

C. ¿Qué relación ha existido entre las ciencias sociales y las cuestiones de política pública, tanto en la esfera doméstica como en la de política exterior?

– ¿Cómo han entendido los patrocinadores tanto en el sector privado como en el público las relaciones entre las ciencias sociales y la política pública? ¿Cómo han tratado de reformar dichas relaciones?

– ¿Y cómo han reaccionado los patrocinadores, los estudiosos y demás partes interesadas ante la posibilidad de que los patrocinadores, que algunas veces tienen en mente preocupaciones muy prácticas, pudieran socavar los principios de integridad científica e independencia intelectual de las ciencias sociales?

La mayor parte de mis investigaciones sobre estas cuestiones se han centrado en el período desde la Segunda Guerra Mundial. Algunas de mis investigaciones han sido publicadas en varios artículos.ⁱⁱ Y mi libro, *Cimientos Inestables: El Nexo Política-Patrocinio-Ciencias Sociales en Norteamérica durante la Guerra Fría* (Rutgers University Press, 2013) ofrece un análisis más extenso. *Cimientos Inestables* se centra en tres patrocinadores importantes: las fuerzas armadas de los Estados Unidos, incluyendo las ramas del Ejército de Tierra, la Marina y las Fuerzas Aéreas; la Fundación Ford, una organización privada con sede en la ciudad de Nueva York y que era la organización filantrópica más grande del mundo a mediados del siglo 20; y la Fundación Nacional para la Ciencia (NSF, por sus siglas en inglés – N. del T.), agencia gubernamental no militar para las ciencias que fue establecida en 1950.

Mi argumento en *Cimientos Inestables* consiste en tres tesis relacionadas, que enunciaré brevemente aquí porque proporcionan un contexto histórico muy útil para comprender la historia de la propuesta del Senador Harris de crear una Fundación Nacional para las Ciencias Sociales a fines de la década de 1960.

Primero, en *Cimientos Inestables* argumento que los patrocinadores que estudio se convirtieron en componentes cruciales de un sistema de mecenazgo que creció y se transformó entre finales de la década de 1940 y principios de la de 1960. Anteriormente, en los años entre la primera y la segunda guerra mundiales, los patrocinadores extra-universitarios más prominentes habían sido las grandes fundaciones privadas, especialmente las creadas con las grandes fortunas de Rockefeller y Carnegie, así como algunas agencias federales, que incluían al Departamento de Agricultura. Pero a finales de la década de 1940 y comienzos de la de 1950, los militares, la Fundación Ford y la NSF surgieron como nuevos patrocinadores principales. Cada uno de estos patrocinadores definió sus responsabilidades y actividades tomando en consideración las actividades de los otros. Por ello, resulta útil considerar a estos patrocinadores en términos de un solo sistema, más o menos integrado.

En segundo lugar, estos nuevos patrocinadores, junto con los científicos sociales que trabajaban más íntimamente con ellos, adoptaron una estrategia basada en dos compromisos claves: con el cientificismo y con la ingeniería social. El primero conllevaba aceptar, en un sentido amplio, el principio de la unidad de las ciencias, según el cual las ciencias sociales estaban retrasadas respecto a las más avanzadas ciencias naturales y debían por lo tanto seguir sus pasos. Según esta posición, las ciencias sociales deberían desligarse de un amplio abanico de formas humanísticas de investigación, tales como los análisis cualitativos “blandos” y los métodos filosóficos, históricos y normativos. El otro compromiso clave requería que las ciencias sociales contribuyesen al bienestar nacional y más generalmente a la mejora de la humanidad, mediante aplicaciones de ingeniería social. Este compromiso se basaba a menudo en un punto de vista instrumental, según el cual el conocimiento y las técnicas de análisis en las ciencias sociales son apolíticos, no-ideológicos y libres de valores.

En tercer término, en *Cimientos Inestables* he planteado que estos nuevos mecenas científicos y sus colaboradores académicos se enfrentaron a cinco desafíos fundamentales en sus intentos por promocionar las ciencias sociales sobre la base de los compromisos cientificistas y de ingeniería social. El primero es que las presiones políticas e intelectuales de matiz conservador apuntaban en dos direcciones contrarias. Por un lado sugerían que las ciencias sociales podían y debían llegar a parecerse más a las ciencias naturales; por el otro, proponían que el trabajo supuestamente neutral en cuanto a valores y apolítico distorsionaba la investigación social, socavaba los valores religiosos, políticos y morales de la nación, y ponía en peligro las instituciones establecidas. El segundo reto es que, para algunos críticos liberales, tratar de imitar a las ciencias naturales también tenía consecuencias inquietantes. Pero, al contrario que los críticos conservadores del cientificismo, los críticos liberales sugerían que las ciencias sociales deberían comprometerse directamente en la crítica de un status quo injusto y en la promoción de reformas progresistas. En tercer lugar, muchos académicos pensaban que la influencia de los patrocinadores amenazaba la independencia y la calidad de las investigaciones. Cuarto, el nuevo sistema de patrocinio animaba a los científicos sociales a emular a los científicos naturales, pero en el interior del entramado de la ciencia a nivel federal durante la Guerra Fría, los científicos sociales no fueron nunca capaces de sobreponerse a su status científico de segunda clase y a las dificultades producidas por el orden jerárquico científico reinante. El quinto reto es que, a pesar de la creencia bastante extendida de que las ciencias sociales podían y debían mantenerse alejadas de trabajos con carga moral, el apoyo de la

Fundación Ford y de los militares a ciertas líneas de investigación hicieron cada vez más difícil establecer un límite claro que separara nítidamente la investigación social de la ideología, la política o la reforma.

Mi análisis de estos cinco desafíos muestra que el nuevo sistema de patrocinio de las ciencias sociales tenía vulnerabilidades y debilidades notables.

Reconocer estos desafíos también ayuda a explicar por qué los patrocinadores, los

investigadores y sus compromisos con el cientificismo y la ingeniería social fueron cuestionados desde perspectivas tanto académicas como políticas a partir de mediados de la década de 1960.

Confío en que el contexto que acabo de introducir será suficiente para que ustedes comprendan y aprecien la importancia histórica del esfuerzo del Senador Harris por crear una agencia nacional para las ciencias sociales a fines de la década de 1960.

Hubo un tiempo en que el estado de Oklahoma tenía un Senador liberal del partido demócrata. Su nombre era Fred Harris. Hijo de una familia de aparceros, Harris nació en 1930 y creció en la pobreza durante la Gran Depresión. Pero tras estudiar duramente Harris finalizó su licenciatura en ciencias políticas, y en 1954 se graduó a la cabeza de su clase, en la facultad de derecho de la Universidad de Oklahoma. También se casó con una dama excepcional, Ladonna Crawford, que tenía sangre comanche.

Tras graduarse, Harris abrió un bufete de abogados y se pasó a la política, ganando las elecciones a gobernador del estado de Oklahoma y, más tarde, como liberal demócrata en representación de su estado natal, las del Senado de los Estados Unidos. En las elecciones al Senado, este hijo de aparceros derrotó a un fuerte oponente republicano, un popular entrenador de fútbol americano de Oklahoma que había llevado a sus equipos a tres títulos nacionales. Harris prevaleció.

Ese mismo día, en las elecciones a la Presidencia de los Estados Unidos, el candidato liberal demócrata y Presidente en funciones, Lyndon Johnson, aplastaba al candidato republicano, Barry Goldwater. En las elecciones al Congreso de los Estados Unidos, los demócratas también obtuvieron fuertes mayorías tanto en la Cámara de Representantes como en el Senado. Todo parecía posible para el ambicioso y joven liberal demócrata de Oklahoma. Era el año 1964.

Dos años después de llegar a la capital, Washington, D.C., el Senador Harris introdujo un anteproyecto de ley para la creación de una Fundación Nacional para las Ciencias Sociales.ⁱⁱⁱ En 1967, como presidente del Subcomité del Senado para la Investigación, Harris presidió una serie de audiencias sobre este anteproyecto de ley. Según Harris y los políticos, científicos sociales y otros investigadores que lo apoyaban, este proyecto de ley proponía el establecimiento de una agencia dirigida a realizar mejoras importantes en el financiamiento de las ciencias sociales, así como en su status, representación e influencia dentro del entramado científico a nivel federal. Esas mejoras iban dirigidas tanto a fortalecer las ciencias sociales a nivel académico como, lo que es igualmente importante, a incrementar la capacidad de los científicos sociales para abordar urgentes problemas de política tanto doméstica como exterior.

Pero esto no es un cuento de hadas. De manera que no deberíamos esperar un final de “y después vivieron felices”. De hecho, el intento de Harris de proporcionar a las ciencias sociales una agencia propia, fracasó – y, hasta el día de hoy, Estados Unidos no tiene una agencia nacional dedicada a las ciencias sociales.

La propuesta de Harris ha sido prácticamente olvidada tanto por los científicos sociales como por los historiadores. Esa es una de las razones por las que vale la pena contar esta historia. Pero también quiero llamar la atención sobre la propuesta de Harris porque pienso que es útil para considerar algunas cuestiones muy importantes que tienen que ver con la política del conocimiento a nivel del gobierno federal y de la sociedad en general hoy en día. Después de tratar sobre los antecedentes, objetivos y destino de la propuesta de Harris, regresaré a la cuestión de la relevancia contemporánea en mi conclusión.

A mediados de la década de 1960, los esfuerzos del Senador Harris por crear una nueva agencia se toparon con dos debates sobre el financiamiento para las ciencias sociales a nivel federal. El primer debate, sobre el financiamiento militar, hizo erupción en 1965, como consecuencia de la revelación del Proyecto Camelot, un estudio de los procesos revolucionarios patrocinado por el ejército de los Estados Unidos. Los objetivos oficiales del proyecto Camelot concernían el diseño de un modelo de los diversos sistemas de una sociedad que permitiese comprender y predecir el curso de las revoluciones y ayudar a los militares de los Estados Unidos a crear medidas contrarrevolucionarias efectivas. Con un coste anticipado de \$4-\$6 millones de esa época (unos \$36 millones de 2012), puede que Camelot haya sido el proyecto más caro en la historia de los Estados Unidos en el área de las ciencias sociales. Un participante en el proyecto expresó su confianza en que Camelot se iba a convertir en el Proyecto Mahattan de las ciencias sociales. Pero a mediados de 1965, las críticas domésticas y el debate internacional en torno a los aspectos ideológicos y políticos de Camelot llevaron a su cancelación.

El debate político y científico que siguió al Proyecto Camelot – y que tiene su eco en las recientes discusiones acerca de la participación de psicólogos, antropólogos y otros investigadores en la Guerra contra el Terror – se centró en la cuestión de si los científicos sociales se habían dejado influir indebidamente por el financiamiento militar. Según los críticos, el extenso financiamiento militar amenazaba con socavar la visión generalizada, aunque también disputada por algunos, de que las ciencias sociales estaban – o al menos, deberían estar – aisladas de presiones políticas e ideológicas. En el caso de Camelot y, en general, de las investigaciones sobre contrainsurgencia, los científicos sociales parecían dispuestos a promover el interés de los Estados Unidos en suprimir movimientos revolucionarios en el extranjero durante la Guerra Fría; desde este punto de vista, los científicos no eran ideológicamente neutrales, apolíticos y objetivos, sino participantes activos en una iniciativa política.^{iv}

Inspirado por la controversia sobre Camelot, en 1966 el Subcomité para la Investigación presidido por el Senador Harris abrió una investigación sobre el financiamiento de las investigaciones sobre áreas extranjeras. A través de una serie de audiencias públicas y de correspondencia con varios investigadores, el Subcomité de Harris llegó a la conclusión de que las cuestiones sobre el financiamiento federal de estudios sobre otros países tenían amplias consecuencias para el apoyo federal a las ciencias sociales en términos más generales. El propio Harris habló sobre la necesidad de “civilianizar” la investigación social. Y el director de personal de Harris,

Steven Ebbin, un politólogo que había trabajado en el Departamento de Estado de los Estados Unidos, declaró en tono preocupado que “hay que hacer algo, ya sea legislativamente o a nivel administrativo, para reorientar nuestro enfoque sobre el apoyo federal a las ciencias sociales.”^v

De un segundo debate, centrado en la Fundación Nacional para la Ciencia (NSF) de los Estados Unidos y sin relación inicial con el debate sobre el financiamiento militar, surgió una posible vía de reforma. Tras su fundación en 1950, tanto el mandato federal como los propios líderes de la NSF habían dado prioridad a las ciencias naturales, relegando a las ciencias sociales a una posición marginal dentro de la agencia.^{vi} Esta ley del más fuerte reinante en la NSF se convirtió en un problema durante las audiencias organizadas en 1965 por el el Subcomité sobre la Ciencia, la Investigación y el Desarrollo de la Cámara de Representantes, presidido por el congresista de Connecticut Emilio Daddario, del partido demócrata. Daddario había hecho una propuesta para enmendar el acta constituyente de la NSF con el objetivo de dotar a la agencia con un nuevo mandato de apoyar las ciencias aplicadas, incluyendo las ciencias sociales aplicadas. Durante las audiencias del subcomité de Daddario, tanto algunos investigadores como algunos políticos ofrecieron fuertes expresiones de apoyo a las ciencias sociales y abogaron por un financiamiento mucho mayor para ellas por parte de la NSF. Pero otras voces, incluyendo a líderes de la NSF y otros miembros prominentes de la élite nacional de las ciencias naturales, presentaron un punto de vista más escéptico y adujeron que las ciencias sociales eran todavía bastante inmaduras en comparación con las ciencias naturales.

Este escepticismo sobre las ciencias sociales turbó al subcomité del Senador Harris. Resumiendo el problema, el director de personal, Steve Ebbin observó que en la NSF era fácil encontrar “una prolongada antipatía y resistencia... en contra del apoyo a las ciencias sociales”, particularmente hacia campos con relevancia a nivel de la política pública, incluyendo “las ciencias políticas, ...las relaciones internacionales y la administración pública.”^{vii} Buscando hallar un mejor canal para el financiamiento civil, Ebbin sugirió el establecimiento de una nueva agencia para las ciencias sociales.

Si la nación crease una agencia para las ciencias sociales con un presupuesto anual inicial de entre \$40 y \$50 millones – entre \$265 y \$330 millones de 2012 – los científicos sociales tendrían una alternativa real al financiamiento procedente de agencias operativas que incluían al Departamento de Defensa y la CIA, razonó Ebbin. Adicionalmente, una nueva agencia ayudaría a debilitar la supervisión a que las ciencias sociales estaban sometidas por parte de las ciencias naturales, una práctica habitual en la NSF y, en general, en el entramado de las ciencias a nivel federal. El Senador Harris se mostró de acuerdo con estos puntos básicos.

Así, en el otoño de 1966 y de nuevo en 1967, Harris introdujo en el Senado una propuesta legislativa dirigida a darle a las ciencias sociales una agencia propia.

El proyecto de ley de Harris fue apoyado por un buen complemento de ponentes, veinte en total, incluyendo a varios importantes demócratas liberales, entre ellos el

Vicepresidente Hubert Humphrey y los Senadores J. William Fulbright, Edward y Robert Kennedy, Eugene McCarthy, George McGovern, Walter Mondale y Gaylord Nelson. La mayoría, si es que no todos ellos, estaban comprometidos con el uso de los conocimientos de las ciencias sociales para resolver los problemas de pobreza persistente, decadencia urbana y tensiones raciales con los que se enfrentaba la nación. Después de ser presentado al comité senatorial encargado de Operaciones Gubernamentales, el proyecto de ley de Harris fue sometido a la consideración del subcomité de Harris. Casi al mismo tiempo una ley similar fue introducida también al Comité de la Cámara de Representantes para la Educación y el Trabajo.

En 1967, en el curso de doce días de audiencias, casi cien personas, incluyendo representantes de agencias gubernamentales, universidades, asociaciones educativas, organizaciones privadas de investigación, fundaciones sin ánimo de lucro y de las mismas ciencias sociales, ofrecieron su testimonio sobre la propuesta de ley de Harris. Mediante cartas y otros contactos, el subcomité de Harris escuchó a otras trescientas personas, incluyendo docenas de científicos sociales.

Recuérdese que el interés inicial de Harris era encontrar una alternativa civil para apoyar investigaciones llevadas a cabo por las ciencias soicales en el extranjero. Con esto en mente, Harris endorsó la propuesta del Representante Daddario de enmendar el acta constituyente de la NSF con el objeto de hacerla más favorable a las ciencias sociales. Sin embargo, durante las audiencias de 1967 y en una serie de artículos para publicaciones científicas tanto de carácter general como especializadas en las ciencias sociales, Harris argumentó que la NSF había sido, era y probablemente seguiría siendo innecesariamente cautelosa en su manejo de las ciencias sociales, con o sin la enmienda de Daddario. Usando su creciente autoridad como experto en política científica – un escritor llamó a Harris el “Senador de la Ciencia” – Harris comenzó a articular una elaborada crítica del tratamiento que el establecimiento federal de las ciencias daba a las ciencias sociales.

En opinión de Harris y de muchos de los que apoyaban su propuesta, la ley del más fuerte prevalente en el escalafón científico había producido evidentes desigualdades de financiamiento. Durante la década de 1950, las ciencias sociales sólo recibieron el uno por ciento del presupuesto total para investigación de la NSF. A mediados de la década de 1960, la parte dedicada a las ciencias sociales había crecido significativamente, pero todavía era de sólo el cinco por ciento. La situación del financiamiento a nivel federal en general no era mejor, ya que las ciencias sociales sólo recibían alrededor del tres por ciento de todos los gastos federales en investigación y desarrollo. Pero más allá de argumentar que el establecimiento de una nueva agencia ayudaría a aumentar el financiamiento federal, la intención de Harris era la de transformar el alcance y el carácter de las investigaciones sociales financiadas por el gobierno federal.

De hecho, la postura de Harris era que se necesitaba una nueva política del conocimiento que ayudase a la nación a abordar sus crecientes problemas tanto de política doméstica como exterior con una mayor efectividad. Muy especialmente, Harris creía que el gobierno federal necesitaba establecer un mecanismo de apoyo a

investigaciones sociales “polémicas”. Esta era una cuestión que, desde mediados de la década de 1960 venía siendo planteada por muchos políticos y académicos liberales preocupados porque las investigaciones financiadas por el gobierno federal solían apoyar un status quo conservador y a veces represivo.

Considérese el caso de las ciencias políticas, que figuraba de modo prominente en el pensamiento de Harris. Consciente de que las investigaciones en materias de política tenían el potencial de levantar polémicas públicas, la Fundación Nacional para la Ciencia simplemente había rehusado financiar ese tipo de trabajos durante la década de 1950. A comienzos de los 60, la agencia comenzó a apoyar algunas investigaciones en ciencias políticas. Pero sus líderes, orientados como estaban hacia las ciencias naturales, continuaron invocando criterios restrictivos de financiamiento, dejando así grandes áreas de la investigación en ciencias políticas fuera de los límites de lo que era lícito financiar. Como resultado, los estudios de historia del pensamiento político, la teoría política normativa y los estudios de política pública se encontraban en una grave desventaja a la hora de competir por financiación. Sólo los estudios de ciencias políticas que abogaban por análisis cuantitativos y la comprobación empírica de hipótesis recibieron algún apoyo.

Así, la preocupación general porque grandes áreas de investigación en ciencias sociales sufrían discriminación debida a las políticas federales de financiamiento surgió como uno de los temas comunes durante el debate sobre el proyecto de ley de la NSSF (Fundación Nacional de las Ciencias Sociales, por sus siglas en inglés – N. del T.) de Harris. “El hecho es que la ciencia social no puede ser ‘objetiva’ en el sentido de que sus hallazgos en cualquier línea de investigación social resulten totalmente neutrales,” observó el experto en derecho Geoffrey Hazard, Jr., durante las audiencias de 1967. En todos aquellos campos de la investigación en ciencias sociales que tuvieran implicaciones sociales, la investigación necesariamente iba a ser considerada “controvertida desde el punto de vista de alguien.”^{viii} Hazard, por lo tanto, hizo una llamada al Congreso, a las agencias financiadoras y a las distintas disciplinas de las ciencias sociales a considerar de un modo inteligente el problema de cómo financiar de un modo adecuado estas investigaciones polémicas. El Senador Harris concurrió en que la posibilidad de controversia no era una buena razón para reducir el apoyo federal a las investigaciones en una amplia colección de temas importantes.

Inspirado por esta línea de pensamiento, Harris argumentó que la agencia de ciencias sociales propuesta debería recibir de manera explícita el mandato de financiar investigaciones “polémicas”. “Si las ciencias sociales van a ser innovadoras y creativas y originales,” dijo, entonces “van a tener que ser, por definición, polémicas.” Y añadió que sería especialmente valioso apoyar estudios que pudieran “desafiar las ortodoxias establecidas y las ideas ampliamente aceptadas e implicasen una crítica al pasado.” El Congreso, por lo tanto, debería establecer una legislación que animara a llevar la “investigación hacia territorios peligrosos,” reconoció el sociólogo Irving Horowitz, quien, no por casualidad se acababa de establecer como un importante defensor de la sociología crítica de C. Wright Mills.^{ix}

Finalmente Harris reforzó su crítica de los patrones de financiamiento existentes al colocarlos en un contexto histórico más amplio. Así, subrayó la idea de que los principios, políticas y estructuras que primaban a las ciencias naturales sólo se habían consolidado recientemente, a partir de la II Guerra Mundial. Con anterioridad, durante la década de 1930, los científicos sociales habían alcanzado una posición de importancia a nivel nacional gracias a su participación directa en el New Deal. Según el cálculo de Harris, durante ese periodo anterior el 24 por ciento del financiamiento federal fue a parar a las ciencias sociales. No obstante, durante la II Guerra Mundial y los primeros años de la Guerra Fría, las ciencias sociales fueron eclipsadas en gran medida por la ciencias naturales, particularmente por las ciencias físicas, que ahora ocupaban el “centro del escenario”. Mientras tanto, las ciencias sociales habían quedado “a la intemperie”, recibiendo una atención “solamente intermitente y superficial” del entramado federal de las ciencias y siendo relegadas a una “ciudadanía de segunda clase”.x

Adicionalmente, Harris comentó que en el pasado las ciencias sociales se habían beneficiado de sus extensas conexiones con las humanidades. Desgraciadamente, sin embargo, desde la II Guerra Mundial el sistema federal de financiamiento había ayudado a debilitar esas conexiones. Las ciencias sociales, declaraba Harris, ya no necesitaban “ponerse a cubierto bajo las ciencias naturales”.xi

Entonces, ¿qué pasó con la propuesta de Harris? En junio de 1968 el subcomité de Harris votó a favor de su proyecto de ley. El Comité para Operaciones Gubernamentales del que dependía, presidido por el demócrata por Arkansas, John McClellan, también la aprobó y emitió un fuerte informe de apoyo. Pero el proyecto de ley no fue más allá y por lo tanto no llegó jamás a ser discutido y votado en el Senado. Tampoco el proyecto de ley introducido en la Cámara de Representantes progresó en modo alguno. Las razones por las que la ley de Harris fracasó son complicadas y aquí solamente puedo hacer un breve resumen:

- 1) Su proyecto de ley recibió un apoyo modesto, pero desigual y no muy fuerte, de las otras agencias federales;
- 2) Importantes científicos naturales así como agencias de ciencias establecidas, incluyendo la misma NSF, se opusieron al proyecto de ley;
- 3) Dentro de la comunidad de las ciencias sociales hubo amplias diferencias de opinión sobre este proyecto de ley, reflejando los diferentes intereses de los que tenían y los que no tenían financiación;
- 4) En junio de 1968 se aprobó la enmienda de Daddario, que reforzaba, en cierta medida, la posición de las ciencias sociales en la NSF, haciendo así parecer menos importante la ley de Harris, al menos para aquellos que simplemente defendían un aumento moderado en el financiamiento de las ciencias sociales;
- 5) La razón más importante fue que hacia 1968 se produjo un cambio en el clima político que, en combinación con la posición cada vez más crítica de Harris con respecto a la política del Partido Demócrata y al liberalismo norteamericano, en última instancia condenó su propuesta.

Esta última razón merece una atención más detenida, porque la visión que Harris tenía de las ciencias sociales fue radicalizándose a medida que lo hicieron sus puntos de vista políticos. Entre mediados y finales de la década de 1960, la carrera de Harris

cambió de curso al pasar de ser un demócrata liberal centrista prometedor y bien conectado a comienzos de la administración de Johnson a ser un crítico abierto de lo que consideraba como esfuerzos inadecuados para abordar los explosivos problemas raciales y un fuerte opositor a la política exterior norteamericana de prestar apoyo a brutales dictaduras en América Latina y en otras partes del mundo. Un artículo de 1968 publicado en la revista Harper's identificaba a Harris y a su buen amigo el Senador Mondale como "Radicales del Establishment". En 1969 Harris se había convertido en el líder de lo que él llamaba el Nuevo Populismo.

En cuanto a la evolución de sus intereses en las ciencias sociales, ahora él las veía como herramientas críticas necesarias para crear una democracia real de, por y para el pueblo, más bien que para los intereses de los privilegiados. Harris, así, llamaba a los científicos sociales a servir al Nuevo Populismo, cuyos objetivos, decía él, eran "distribuir los ingresos y la riqueza de un modo más justo," "desconcentrar el poder económico y político," y "hacer el poder y la libertad del pueblo una realidad." Por otro lado, Harris fue crítico con una parte de la literatura de las ciencias sociales que enfatizaba la importancia del liderazgo de una élite para los regímenes democráticos. Según su punto de vista, este grupo de trabajos, al implicar que el común de la gente era incapaz de tomar decisiones importantes, justificaba los sistemas políticos antidemocráticos gobernados por expertos. Harris reclamó además la existencia de "asambleas de Nuevos Populistas en todas las reuniones de economistas y politólogos."xii

No es de extrañar que Harris entrara en conflicto con demócratas más moderados y conservadores, lo cual no auguraba nada bueno para su propuesta legislativa. A partir de 1968, la relación de Harris con el Presidente Johnson se deterioró, al no gustarle a éste sus críticas de la política exterior de los Estados Unidos en Vietnam y en América Latina. Como miembro influyente de la Comisión Kerner, designada por el Presidente en 1968 para examinar las causas de las revueltas urbanas y las tensiones raciales, el énfasis de Harris en el problema del "racismo blanco" como causa subyacente de las revueltas urbanas, también molestó a muchas figuras del establishment. Entre los que se sintieron molestos se encontraba John McClellan, Senador por Arkansas, que todavía era presidente del Comité para las Operaciones Gubernamentales – el comité del que dependía el subcomité de Harris. En contra de Harris, McClellan desechó la idea de que los participantes en las revueltas tenían agravios legítimos basados en realidades políticas, económicas y sociales.

En el otoño de 1969, el Senado abolió el subcomité de Harris. Para Harris el fin del subcomité fue debido a su conflicto con McClellan. Pero cualquiera que fuera el conjunto preciso de factores, Harris, "sin la base proporcionada por el subcomité", ya no podía continuar "impulsando la propuesta de la NSSF."xiii

En conclusión: este episodio de la propuesta de Harris a finales de la década de 1960 es importante porque ilustra un cambio más general en la relación entre las ciencias sociales y el liberalismo norteamericano. La alianza entre las ciencias sociales y el liberalismo norteamericano, que fue importante durante el New Deal, alcanzó su apogeo posterior a la II Guerra Mundial durante la administración de Kennedy y el principio de la de Johnson. Pero a fines de la turbulenta década de 1960, esa alianza

se enfrentó a feroces ataques procedentes de crecientes grupos de críticos, tanto de la derecha como de la izquierda. En este contexto más amplio, a medida que el propio Senador Harris se fue alejando del centro liberal para convertirse en un “Radical del Establishment” y luego en líder del Nuevo Populismo, su defensa de una nueva agencia para las ciencias sociales se hizo más radical.

Lo cierto es que Harris estuvo tras el intento más importante de la postguerra dirigido a transformar la posición de las ciencias sociales dentro del entramado federal liderado por las ciencias naturales. El suyo fue un esfuerzo acorde con una serie de preocupaciones de izquierdas que eran importantes en ese momento. Harris argumentó que la nación necesitaba dotar a las ciencias sociales con una agencia propia, una agencia que no sólo tuviera un presupuesto sustancial, sino también un mandato que la llevara a financiar estudios humanísticos, investigaciones polémicas y estudios críticos con el status quo.

Hoy en día, más de cuarenta años después de que su propuesta fracasara, las cuestiones que Harris planteó acerca de la política del conocimiento en las ciencias sociales están de nuevo en el candelero, aunque los puntos específicos alrededor de los cuales se centra la discusión de esas cuestiones hayan cambiado. Uno de los debates se centra en la manera en que los modos de análisis económico, el asesoramiento en política económica, y los propios economistas han contribuido a la crisis económica mundial actual, llevando a algunos comentaristas a preguntarse si esos expertos han sido o son capaces de producir el tipo correcto de conocimiento necesario para superar esta crisis. Un segundo debate concierne la cuestión de si las técnicas agresivas de interrogación, incluyendo la simulación de ahogamiento, son éticas y si son efectivas en la producción de conocimiento vital para los intereses de la seguridad nacional. En un tercer debate se discute si el gobierno dispone de mecanismos adecuados para determinar si políticas y programas específicos son efectivos o no a la hora de tratar varios problemas sociales.

Finalmente, un cuarto debate, una vez más, tiene que ver con el financiamiento de las ciencias sociales por la Fundación Nacional para la Ciencia. Una iniciativa actualmente en marcha en el Senado de los Estados Unidos tiene como objetivo limitar el apoyo de la NSF a las ciencias políticas sólo a aquellos proyectos que fomenten intereses económicos o de seguridad nacionales. Esta iniciativa está comandada por el Senador del partido republicano Tom Coburn quien, irónicamente, procede del estado de Oklahoma, al igual que el Senador Harris. La Asociación Norteamericana de Ciencias Políticas ha respondido críticamente, señalando que la iniciativa de Coburn podría conducir a una “peligrosa pendiente resbaladiza” que dejaría el apoyo federal a todas las investigaciones científicas “pendiente de los caprichos de las presiones políticas.”xiv

A finales de la década de 1960, el Senador Harris lanzó su propuesta de una nueva agencia, en un esfuerzo por llevar a cabo importantes reformas en la política del conocimiento de las ciencias sociales de ese momento. Su iniciativa se inspiró en una serie de preocupaciones interrelacionadas acerca de la naturaleza y valor de las

ciencias sociales, su financiamiento, su posición en el gobierno y, más generalmente, su papel en la sociedad. Esas preocupaciones, en mi opinión, siguen siendo hoy tan relevantes como entonces.

ⁱ Un análisis más completo de este episodio puede encontrarse en Mark Solovey, "Senator Fred Harris's National Social Science Foundation Proposal: Reconsidering Federal Science Policy, Natural Science-Social Science Relations, and American Liberalism during the 1960s," *ISIS* 103 (2012), 54-82.

ⁱⁱ Mark Solovey & Jefferson Pooley, "The Price of Success: Sociologist Harry Alpert, the NSF's First Social Science Policy Architect," *Annals of Science* 68 (2011), 229-260; Jefferson Pooley & Mark Solovey, "Marginal to the Revolution: The Curious Relationship between Economics and the Behavioral Sciences Movement in Mid-Twentieth-Century America," *History of Political Economy* 42 Annual Supplement (2010), 199-233; Mark Solovey, "Riding Natural Scientists' Coattails onto the Endless Frontier: The SSRC and the Quest for Scientific Legitimacy," *Journal of the History of the Behavioral Sciences* 40 (2004), 393-422; Mark Solovey, "Project Camelot and the 1960s Epistemological Revolution: Rethinking the Politics-Patronage-Social Science Nexus," *Social Studies of Science* 31 (2001), 171-206. Véase también: Mark Solovey & Hamilton Cravens, eds., *Cold War Social Science: Knowledge Production, Liberal Democracy, and Human Nature* (New York: Palgrave Macmillan, 2012).

ⁱⁱⁱ Fred R. Harris, "The Case for a National Social Science Foundation," *Science*, August 4, 1967 (vol. 157), 507-509.

^{iv} Véase Solovey, "Project Camelot and the 1960s Epistemological Revolution."

^v Ebbin, citado en Solovey, "Senator Fred Harris's National Social Science Foundation Proposal," p. 61.

^{vi} Véase Solovey & Pooley, "The Price of Success"; Solovey, "Riding Natural Scientists' Coattails onto the Endless Frontier;" Mark Solovey, *Shaky Foundations: The Politics-Patronage-Social Science Nexus in Cold War America* (New Brunswick, New Jersey: Rutgers University Press, 2013), capítulos 1 y 4.

^{vii} Ebbin, citado en Solovey, "Senator Fred Harris's National Social Science Foundation Proposal", p. 63. Todas las notas que siguen se refieren a este ensayo, cuyas notas a pie de página proporcionan la documentación completa de las fuentes originales que cito.

^{viii} Hazard, citado en p. 70.

^{ix} Harris and Horowitz, citados en p. 70.

^x Harris, citado en p. 71.

^{xi} Harris, citado en p. 72.

^{xii} Harris, citado en p. 77.

^{xiii} Harris, citado en p. 78.

^{xiv} Citado en Libby A. Nelson, "Senate votes to defund political science research, save tuition assistance in budget bill," *Inside Higher Education* (<http://www.insidehighered.com>) , 21 de Marzo de 2013.

Autor

Mark Solovey

Universidad de Toronto, Instituto de Historia y Filosofía de la Ciencia y la Tecnología

Correo electrónico: mark.solovey@utoronto.ca

*Presentado, 25 de abril de 2013
Aprobado para publicación: 29 de mayo de 2014*